

12. Los dos polos coincidentes de la última Cena

Jesús, en la última Cena, se encargó de hacer comprender a los discípulos que la transmisión de su persona al mundo se realiza en la comunión, en el misterio de la comunión de los discípulos que encarna y refleja la Comunión Trinitaria en el mundo. Si hay comunión eclesial, hay transmisión de Cristo, y si hay transmisión de Cristo, hay una verdadera comunión en la Iglesia y en la humanidad, es decir, hay comunión divina incluso entre los hombres. La comunión fraterna transmite al mundo la Comunión divina, la Comunión trinitaria. La comunión fraterna le permite a Jesucristo entregar su Cuerpo al mundo, a través de la Iglesia, el Pueblo de Dios que la comunión mantiene unido como el único Cuerpo de Cristo.

Este misterio es tan inabarcable como sencillo. Nos resulta difícil comprenderlo, porque es absolutamente sencillo, y no somos sencillos, no tenemos un corazón sencillo para comprender el Misterio tal como es y cómo se manifiesta y transmite en Cristo. Pero el Espíritu, si lo deseamos, si se lo pedimos, transforma gradualmente nuestro corazón para que abra los ojos al Misterio, como quien sale de una caverna oscura que debe acostumbrarse a la luz poco a poco para ver toda la belleza y los colores de la realidad.

En el Evangelio según San Juan, la última reunión de Jesús con los discípulos en el Cenáculo, la última Cena Pascual de la que nos habla del capítulo 13 al 17, se lleva a cabo entre el lavatorio de los pies y la oración sacerdotal de Jesús. Con el lavatorio de los pies, Jesús hace un gesto que resume el significado de su inminente pasión y muerte, el sentido que su pasión y muerte debe tener para los discípulos, para la vida de la Iglesia. A continuación, Jesús ofrece a sus discípulos una síntesis de sus enseñanzas, en los capítulos 14 a 16. En el capítulo 17, Jesús ya no habla directamente a los discípulos, sino que "levantados sus ojos al cielo" (17,1), comienza una larga oración al Padre, la oración más larga y detallada de Jesús al Padre que narran los Evangelios. En el apogeo de su enseñanza, Jesús quería que los discípulos escucharan de sus labios, o más bien de su corazón, lo que quiere del Padre y junto con el Padre en el momento de darle toda su vida hasta su muerte por la Salvación del mundo.

No podemos escuchar de Jesús nada más importante y sublime que lo que le dice a su Padre. Lo que se dicen el Hijo y el Padre es la culminación de la Revelación, porque no puede haber verdad más verdadera y sublime que la Palabra que intercambian las Personas de la Trinidad. Es como escuchar la voz que resuena en el corazón del Ser, en el corazón de la Realidad de la realidad, fuente y madre de todo lo que existe por creación. Siempre debemos hacer un silencio profundo cuando escuchamos y meditamos estas palabras del Eterno en el tiempo, en las que el Eterno dialoga consigo mismo en el tiempo. Habla consigo mismo dejándose escuchar en el tiempo, a través de nuestros oídos y nuestros corazones humanos, temporales y, sobre todo, pecadores.

Cuando aún era estudiante universitario, me encontré en la iglesia junto a una anciana de mi pueblo que había sufrido mucho en la vida. Habiéndose quedado un poco sorda, susurraba sus oraciones lo suficientemente fuerte como para

escucharlas. Nunca he oído rezar tan intensamente, con absoluta sencillez, pero poniendo en cada palabra todo el peso de tantos sacrificios, de tantas cruces cargadas en la fe. Me encontré lleno de silencio y respeto sagrado, como si me hubiera encontrado cerca del Santo de los Santos y sintiera no solo la voz de la anciana, sino la de Dios que le respondía, que dialogaba con ella. Aún más: como si percibiera la inclinación de Dios Padre para acercar su oído a la oración de esta anciana. Era como escuchar el silencio de Dios, la escucha de Dios, es decir, cómo Dios Padre escucha al Hijo y el Hijo el Padre, en el "susurro de una brisa ligera" del Espíritu Santo (cf. 1 Re 19,12).

Imaginémonos lo que significaría para los apóstoles escuchar la larga oración de Jesús al Padre en esa dramática tarde del Jueves Santo. ¡Quién sabe qué malestar sintieron, qué sentimiento de indignidad! Y también, ¡quién sabe qué sorpresa! La Cena pascual ya había comenzado con la sorpresa de ver a Jesús ponerse a lavar sus pies, y ahora, al final de la Cena, Jesús los sorprende nuevamente poniéndose a hablarle al Padre como si estuviera solo con Él.

No debemos separar estas dos sorpresas, estas dos experiencias que Cristo quiere que hagamos también, porque son dos experiencias esenciales de su misterio y su misión, dos experiencias que él comunica a toda la Iglesia para que ella pueda vivir de ellas y así transmitir a Cristo al mundo. Y son experiencias que encontramos unidas en el don de la Eucaristía, en el que Jesús nos hace partícipes de su comunión filial con el Padre y de su comunión fraterna con nosotros.

El humilde amor que manifiesta y transmite al lavar los pies y en la humilde oración que dirige al Padre, son los dos ejes de comunión que se entrecruzan y coinciden en su Corazón. No podemos adherirnos a Jesucristo y transmitir su presencia y su amor al mundo sin unir los dos polos de la última Cena, según Juan: el lavatorio de los pies y la oración sacerdotal. No son dos polos opuestos, sino dos extremos que llegan a coincidir, porque ya coinciden en el amor de Cristo. El amor de Cristo no se divide para amarnos y servirnos, y para amar y servir al Padre. El amor de Cristo es precisamente la coincidencia del amor de Dios y del amor humano. Y es precisamente esta coincidencia la que Jesús quiere comunicar y transmitir a los discípulos, para que ellos también, en su nombre, la comuniquen y la transmitan a todos.

Jesús lo dice expresamente a los discípulos durante la última Cena pascual, y la primera Cena eucarística: "Como el Padre me amó, así os he amado yo. ¡Permaneced en mi amor!" (Jn 15,9). Como si dijera: "Os he amado y os amo con el amor divino que intercambio con el Padre. Si permanecéis en mi amor, permaneceréis en esta coincidencia entre el amor de Dios y el amor del prójimo". No puede haber mayor unidad en nuestras vidas que la de poder amar a Dios y a nuestros hermanos con un solo amor. Y esto es precisamente lo que me gustaría seguir ahondando: esta unidad. Y veremos cómo aquí también está el corazón de la experiencia que San Benito quiere educar en nosotros.